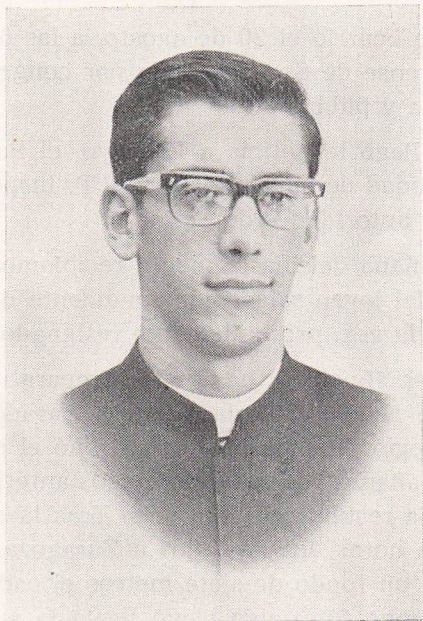


**INSTITUCION
SALESIANA
DE SAN JOSE**

Guadalajara

*Queridos herma-
nos:*

A los dos años
de vida salesiana y
a los diecinueve de
edad acudió a la
cita del Padre.



PEDRO AMOR MARTIN

En el Rojo, pintoresco pueblecito de la provincia de Soria, descansaban de sus tareas escolares una cincuentena de jóvenes salesianos, estudiantes de filosofía, más unos pocos coadjutores.

Los días transcurrieron serenos, en un agradable alternarse de estudios veraniegos, lecturas formativas religioso-literarias, con paseos diarios y algunas excursiones más largas.

En una de éstas, la más apetecible por su mayor duración y por lo pintoresca, a través de tierras de Vinuesa, Laguna Negra, Picos de Urbión; unos kilómetros antes de su regreso al punto de partida, mientras sus compañeros se refrescaban con alegría en el Pantano de la Cuerda del Pozo (Vinuesa), voló al cielo el alma de Pedro.

Una balsa flotaba en el pantano. En ella jugaban ya algunos. Quiso Pedro unirse a ellos. Al pretender alcanzarlos, se sintió desfallecer e intentó regresar a la orilla. Los que navegaban en la barquilla se percataron de la fatiga de su compañero. Algunos se lanzaron inmediatamente a salvarlo; para ello realizaron esfuerzos heroicos, mas sin éxito.

Pedro se encontraba con el Amado, no en la superficie del agua como su patrono, sino en el fondo.

El hecho ocurrió el 20 de agosto, a las 6,30 de la tarde. Dictamen del forense de Soria: asfixia por congestión cerebral, intestinal, cardíaca y pulmonar.

Apenas llegó la noticia a El Royo, el P. Director la comunicó a la Comunidad de Guadalajara y al P. Inspector. Asimismo se informó a las autoridades de Soria.

A la mañana del día siguiente recibíamos a los padres y otros familiares del joven salesiano, sumamente doloridos por el trágico suceso y, a la vez, profundamente resignados a la voluntad divina.

Sin pausa alguna actuamos los preparativos de salvamento del cadáver. Se acudió a Soria, luego a Zaragoza. El P. Director de nuestro colegio de esta capital gestionó el equipo de bomberos el 22 por la mañana. Todos los esfuerzos anteriores de los comisionados de Soria resultaron ineficaces. Tras la ansiada espera de más de cuarenta horas, los enviados a Zaragoza, en poco más de una, extraían de un fondo de siete metros el cadáver. Precisamente un antiguo alumno fue quien elevó hasta la superficie, con cariño y visible gozo, los restos mortales de Pedro.

Nuestro más profundo agradecimiento a los colegios de Pasajes, Logroño y, sobre todo, Zaragoza por el auxilio fraternal que en aquellas horas de angustia nos prestaron.

Desde Madrid acudía con presteza al lugar del suceso nuestro Padre Inspector. Dios le pagará todo cuanto en aquella ocasión, como buen Padre, hizo por la Comunidad.

Nació Pedro el 29 de junio de 1950 en El Casar de Talamanca, provincia de Guadalajara, a 29 kilómetros de la capital; de familia muy cristiana.

El 26 de septiembre de 1962 ingresaba en el Seminario Salesiano de Arévalo, «permaneciendo en él feliz, gracias al trabajo de mis superiores». La ilusión de llegar un día a la meta del sacerdocio lo alentaba fuertemente en los estudios, que los llevó siempre con tenacidad y esfuerzo.

El 15 de agosto de 1966 comenzó su año de Noviciado. En la fiesta de la Inmaculada le impuso la sotana el Exmo. y Rdm. don Marcelino Olaechea. Este día escribía:

«He muerto al mundo.

La sotana me impone: imitación de Cristo = Santidad.

Para mí la santidad ha de consistir en:

- amar la vida interior,
- estar siempre alegre y contar mis penas a Jesús,
- mostrarme siempre que pueda condescendiente con todos.»

El 16 de agosto emitía la profesión temporal. Cartas que escribió aquel año traslucen al exterior su hondo agradecimiento a Dios y a todos aquellos que habían tenido alguna parte en el nacimiento de su vocación.

Siento verdadera satisfacción al afirmar que, durante los dos años que cursó en este Seminario Filosófico, trató seriamente de incrementar la piedad; se propuso adquirir una profunda humildad y espíritu de caridad y servicio. Me habló de todo extensamente, con verdadero interés, en una de sus charlas más íntimas, que jamás podré olvidar.

Le había causado fuerte impacto, hacía ya años, la frase que le dirigió uno de sus superiores: «Tienes que ser más piadoso». El tomó muy en serio lo que, más o menos a todos, se les suele recomendar durante los años de formación.

Su piedad fue en continuo crecimiento; piedad sólida que se exteriorizaba en su espíritu de entrega a los demás. Las deficiencias y baches en esta materia se iban derritiendo a la luz y el calor de la lámpara del sagrario.

—«A mí, antes que ser un buen profesor, buen literato, buen predicador, buen crítico de cine, me interesa ser piadoso. Vivir en Cristo y su amor. Esto sólo me interesa...»

—«En mi primer curso de filosofía rezaba mucho mejor que en el Noviciado.»

Sabía muy bien que la piedad había de ser el sostén de su vocación: «Cuando me cuentan casos de malos religiosos me entran como deseos de marcharme por el miedo de ser yo así. Es que me preocupa más la gloria de Cristo que mi persona. El hombre es

feliz cuando escoge bien su vocación. Mi vocación de salesiano es preciosa. Para afianzar mi vocación he de leer a fondo todo lo que sea salesiano».

En una carta, que depositó a los pies de María, escribía:

—«Procuraré vivir siempre alegre. *Gaudete semper in Domino*. He de ser hombre de oración. Cualquier cosa que hagan conmigo está bien hecha. Estoy consagrado a Ella. He de buscar fuerza en Ti. Un mundo revuelto, jóvenes, guerra, odios, envidias y esto entre católicos y sacerdotes. Yo tengo que ser un buen salesiano.»

No le faltaron tentaciones contra la vocación: «Mucho pienso ahora del mundo. Pero he muerto al mundo. Yo quiero, Jesús, entregarme a Ti de todo corazón, aun cuando sea más fatigosa la subida de la senda; pero Tú y tu recompensa me animan a todo sacrificio y renuncia. La vida religiosa no es para vivirla, sino para sufrirla, pero por Cristo. Entonces sí que será vivirla. El me dio ejemplo».

Respecto a su espíritu de servicio y entrega a los demás le alentaban pensamientos tan bellos como éstos:

—«Cuando se vive la piedad, el religioso se entrega plenamente a los demás. El sacerdote es para los hombres, no se pertenece a sí mismo, debe estar al servicio de todos.»

Aquí es donde se agolpan los testimonios, muy numerosos de sus compañeros, que forman un tejido maravilloso revelador, desde el exterior, de la belleza de su alma generosa. Solamente apunto alguna de esas hermosas citas:

—«Pedro era sencillo y agradable; su trato, amable y campechano. Era, dentro de la Comunidad, una fuerza de gran poder, precisamente porque no se ve su acción de modo inmediato, pero sí perseverante.»

—«Era un muchacho preocupado de los demás. Hablaba con frecuencia de los problemas del curso, proyectos, actividades, y realmente se veía que los vivía.»

—«Su vocación salesiana era firme. Su amor a los niños, entrañable. Cierta día, hablando con él sobre el método de dar la catequesis, me estuvo contando cómo se preparaba él con ejemplos atractivos a la misma. Me decía sonriendo que no le perdían ojo sus niños. Se le notaba que con este apostolado gozaba inmensamente.»

—«Siempre que venía al Seminario José Luis, el muchacho poliomiélfico, vi a Pedro con él, ya prestándole la ayuda que necesitaba, ya aclarándole ideas.»

—«Recuerdo que un día tuvimos necesidad los bibliotecarios de realizar algunos trabajos en la biblioteca, dos o tres días antes de irnos a El Royo. En aquella ocasión estuvo trabajando con nosotros toda una tarde, el día siguiente entero, empalmándolo con la noche, de modo que se acostó a las 5,30 de la mañana; y, debido a su cargo de despensero, se levantó a las 7,30, cuando sonó el timbre para toda la Comunidad y se entregó a su faena de despensero como cualquier otro día corriente.»

—«En el día de la excursión, la última suya, recuerdo cómo casi siempre se quedaba el último para cargar con los paquetes olvidados.»

—«En la última excursión que hicimos tenía yo los pies lastimados por ampollas y quedé rezagado en la marcha. El me acompañó buena parte del camino y con frecuencia, con delicadeza, me preguntaba sobre mi estado de ánimo. Yo sabía de sobra que a él le gustaba en las marchas ir de los primeros; sin embargo, con frecuencia nos parábamos a descansar a causa de mi molestia. El me invitaba entonces a contemplar el paisaje, comentando su belleza y grandiosidad.»

—«En su última noche en Vinuesa, él tenía dos mantas; yo tan sólo una. Sabía que me aguardaba una noche bastante mala. Pedro estaba a mi lado; no tardó en cederme, con alegría, su jersey negro, grueso. Daba la impresión de que nada le costaba desprenderse de dicha prenda de abrigo.»

—«El mismo día de su muerte fue a ayudar a un compañero rezagado que venía cargado de fruta, a pesar de que, según el testimonio de los que le acompañaban, también él venía cargado con cuatro mantas y su bolsa pesaba bastante. No se lamentó de ello; antes bien, venía hablando sobre liturgia y del modo de dar catequesis los domingos a los niños. Su espíritu de sacrificio era callado.»

—«Siempre se prestaba a todo cuando había que hacer algo. Con él se podía contar siempre. Le molestaba que le felicitaran por sus buenas obras.»

Hasta aquí sus compañeros.

Por mi parte añadiré que me conmovía el amor tierno que profesaba a su familia. Anualmente fijaba en su libreta la onomástica de su padre, declarando que su recuerdo le movía al bien.

El día 14 de enero del año en curso, después de una entrevista con su padre, escribe: «Hoy he estado con mi padre treinta minutos. ¡Qué fenomenal que le has hecho, Señor! Muchas gracias».

Le entristecen algunos desvíos de sus compañeros:

—«En mi curso hay algunos compañeros que están descontentos de sus superiores —escribe—, yo no.»

La fuente de la que manó su espíritu de sacrificio y de entrega pudiera considerarse aquel propósito de su Noviciado: «He de ver a Cristo en mis compañeros».

El Esposo le encontró con la lámpara encendida; ardía vigorosa la llama, nutrida con el óleo de estos pensamientos escritos en sus apuntes:

—«Haced que muera antes de que cometa un pecado.»

—«Me puedo morir a cualquier hora, de repente, en un accidente; por ello he de estar preparado.»

—«Loco he de ser si no soy santo.»

—«Pienso qué muerte me corresponde conforme a la vida que he llevado. Creo que el Purgatorio, pues pecados he cometido.»

Al quemar sus numerosos apuntes espirituales, en los cuales no he podido más que espigar a fin de dar a conocer estos datos a los Hermanos y ello por la hermosa intimidad que reinaba entre los dos, pido de veras al Señor nos dé muchas vocaciones del temple de Pedro.

Sus despojos mortales descansaron primero en el recibidor del colegio de El Royo. Escenas conmovedoras, enteramente de sabor cristiano, se desarrollaron en la capilla ardiente.

Padres, familiares y salesianos, además de numerosas personas amigas de la localidad, pudieron contemplarle en su ataúd en actitud serena, en nada desfigurada. Vestido de sotana, con el rosario entrelazado en sus manos y las Reglas Salesianas sobre su pecho, aparecía como dulcemente dormido.

—«Por favor, Sr. Director —me decía su padre—, que se le entierre vestido con la sotana salesiana. Yo que le abroché los botones el día de su imposición, quiero abrochárselos también ahora que ha terminado su carrera mortal en la Congregación Salesiana.»

Es también un detalle hermoso el que llevara las Santas Reglas a una colonia veraniega, donde iba a permanecer un mes escaso.

Durante la noche, trasladado a la capilla del colegio, se turnaron sus hermanos en religión en vela de oración. Abundaron toda clase de sufragios desde la hora misma de su muerte.

Al siguiente día, muy de madrugada, se efectuó la ceremonia del levantamiento del cadáver. El P. Inspector, secundando los vivos deseos de su familia, accedió «que se le diera sepultura en su pueblo natal».

Acompañando el cadáver, nos trasladamos en coches y autocar a la parroquia de El Casar de Talamanca. En este momento terminó nuestro *veraneo*.

El funeral fue apoteósico: Misa concelebrada de numerosos sacerdotes, presidida por el Sr. Inspector; directores de Madrid, su párroco y otros que acudieron inmediatamente al enterarse del traslado; bella liturgia y musicalmente interpretada por todos los estudiantes de filosofía. La amplia iglesia no podía mantener a tantas personas como acudieron al acto. Desde la calle siguieron muchos la ceremonia. El P. Provincial pronunció una conmovedora homilía.

La emoción alcanzó su punto culminante con motivo del traslado del cadáver al cementerio, en hombros de jóvenes salesianos, compañeros suyos, que se *turnaban*, el pueblo lloraba y alguno en voz baja comentaba: «Mira, todo lo hacen ellos, cómo se aman, cómo lo querían».

Entre los abundantes pésames llegados a nuestro Seminario, cabe destacar los afectuosísimos de don Isidro Segarra y don Modesto Bellido. El Rector Mayor escribía a los padres del difunto: «Su hijo Pedro, que ha dejado tan grato recuerdo por su vida santa, es ahora dichoso en el cielo e intercede ante el Señor por ustedes y todos los familiares.

La Congregación Salesiana, mientras llora la irreparable pérdida, agradece profundamente a ustedes el ofrecimiento del hijo y confía también en su protección».

Y el Excmo. y Rvmo. Obispo de Sigüenza-Guadalajara escribe: «PEDRO AMOR: Dos nombres con aromas de Iglesia.

Pedro huele a Iglesia militante; *Amor*, a Iglesia triunfante.

Pedro Amor consagró su juventud a la Iglesia militante y pasó en plena juventud a la Iglesia triunfante.

Que desde la Iglesia del amor eterno, alcance consuelo y gracia de Dios para sus padres y la Institución Salesiana que le lloran en la Iglesia que dirige el sucesor de Pedro.

Con una bendición afectuosa,

✠ Laureano Gastán.»

Casi todas las Inspectorías, en los últimos años, han sufrido la pérdida de algún salesiano joven a causa de diversos accidentes. Varios han ofrecido sus vidas en actos heroicos. Todos esos jóvenes, flores cortadas en la plenitud de la vida, podemos decir que tal vez eran los mejores.

Momentos después del accidente, algunos de los compañeros de Pedro, comentaban: «Era el mejor preparado. Ya está en el cielo».

Con el sacrificio de la hermosa vida de estos hermanos jóvenes, nos otorgue el Señor la auténtica renovación religiosa y salesiana por la que todos trabajamos.

No olvidéis de encomendar al Señor el alma de Pedro, y rogad por esta Comunidad y este vuestro afectísimo hermano en Don Bosco,

JOSE LUIS BASTARRICA,
Director

Datos para el necrologio: Clérigo PEDRO AMOR MARTIN, nacido en El Casar de Talamanca (Guadalajara), el 29 de junio de 1950, muerto en Vinuesa (Soria) el 20 de agosto de 1969, a los diecinueve años de edad y dos de profesión.